

Iñigo de Loyola: del «yo» al «nosotros»

CRISTOBAL SARRIAS

La conversión de Iñigo se dio en la soledad. Había luchado muchas batallas, como caballero peleón o como soldado valiente. Unas eran por cuestiones de honor, o bravuconadas de fácil pendenciero; otras como miembro de mesnadas, que combatían bajo bandera castellana frente al invasor francés. Y siempre fue en la algarabía de muchas gentes, y en el griterío de explosiones de juventud, amante de la bulla o de la vanagloria. El mismo confesaba que fue «soldado desgarrado y vano»...

Pero Dios fue a buscarle en la soledad, y fue en ella donde lo encontró. Y desde el instante en que los libros de Santos empezaron a cambiar el dinamismo de sus fantasías, Iñigo, postrado en el rincón aislado de la Casa Torre, inició un extraño itinerario en solitario.

Primero fue la ida a Montserrat, con la vela de armas en el aislamiento de una noche húmeda, en la que entonces era pequeña ermita adosada al convento de los frailes benedictinos. Luego fue la cueva de Manresa, refugio de mendicantes huidizos. Iñigo necesitaba del aislamiento, y creía encontrar a su Señor en un coloquio sin más compañía que el murmullo de las aguas del cercano Cardoner, o el lejano tañer de las campanas de los conventos y de la Seo manresana. Fueron años en los que trabajó en la conversión de su corazón, y es una lástima que no conozcamos detalles de su vida joven, quizás contados con autenticidad humilde en su *Autobiografía*, y, al parecer, destruidos por sucesores suyos mal aconsejados, porque hubiéramos podido ver cuál fue su punto de partida, y cómo fue llegando a su inesperado final.

¿LA SOLEDAD COMO COMPAÑERA?

Pero Iñigo seguía encontrando a Dios en la soledad. Era un primer instante en su conversión. El momento de la pu-

rificación, en el que llegó a pensar en hacerse cartujo:

Y echando sus cuentas, qué es lo que haría después que viniese de Jerusalén para que siempre viviese en penitencia ofreciéndose meterse en la Cartuja de Sevilla, sin decir quién era para que en menos le tuviesen, y allí nunca comer sino hierbas (Autobiografía, n.º 12).

Y más todavía,

...a un criado de casa, que iba a Burgos, mandó que se informase de la regla de la Cartuja, y la información que dela tuvo le pareció bien. (Id., id.)

La penitencia de una celda, sin nadie con quien hablar, pensando solamente en sí mismo, y en su necesidad de mortificarse para transformarse en un hombre limpio de pecado... Este era su sueño «a lo divino».

Pero estos propósitos de Iñigo eran, en realidad, el primer paso de una vida nueva, que iba a emprender guiado por Dios, y que habían de transformarse muy pronto en algo muy distinto.

Porque ya en Manresa, Iñigo empezó a llamar la atención, y de su interior le surgía la necesidad de comunicar

a los demás lo que a él mismo le había hecho cambiar de ruta. Su deambular mundano se había convertido en un peregrinar constante hacia Dios, y este Dios le había escogido para algo muy distinto de lo que él sospechaba.

No se trataba de que llevara a cabo solamente sus fantasías, aunque esta vez fueran religiosas. Dios tiene largos tiempos de espera en la vida de los hombres, sobre todo en las de aquellos a los que quiere de modo especial. Los proyectos de Dios tienen su ritmo, y sabe perfectamente cuál es el de cada uno, si se deja llevar por El.

Iñigo permanece en Manresa en un soliloquio vital prolongado. Sabe que los demás le buscan para que les hable de sus misteriosas experiencias de la Divinidad. Pero su obsesión es ir a Jerusalén, a caminar por las sendas que recorrió el Señor. Es algo que le puede más que las dificultades que se le oponen: enfermedades, falta de dinero, embarcaciones irrisorias, tormentas en el mar. Pero llega a la Tierra de su Señor Jesús. Lo que no sospechaba era que Alguien le seguía los pasos, y tenía preparada para él una realidad muy distinta.

Cuando se vio de nuevo en Europa, al ser expulsado de los Santos lugares, se dio cuenta de que había algo misterioso en el impulso que le estaba dando Dios. Y constató lo difícil de emprender un camino nuevo como el suyo, sin contar con los demás. Su capacidad de relación cortesana le hizo aproximarse a las personas con educación sobriedad, pero con la impresionantemente convicción de que debía comunicar a otros lo que inicialmente creía que era para él solo. Y empezó a reunir en su entorno a gentes que deseaban, en aquel mundo turbulento e inquieto del s. XVI, reencontrar los caminos de Dios. Y salió de sí mismo.

COMPAÑEROS... «TODOS IBAN VESTIDOS IGUAL»

Le costó un disgusto inicial. Los sedudos teólogos de los conventos estaban bastante hartos de predicadores inspirados, y la Inquisición era implacable con los que se atrevían a hablar de temas que suponían muchas horas de estudio en las cátedras de Prima, sin haber pasado por ellas. Le esperaban cárceles y quizá la hoguera. E Iñigo comprendió.

Rodeado de gentes, pero convencido de su necesidad de comunicar lo que había vivido en experiencia personal, entró en las aulas. Primero aprendió latines con la muchachada barcelonesa. Balbuceó sus primeras declinaciones rodeado de chiquillos, *con un maestro Ardévol que enseñaba gramática* (id. n. 54), mientras almas piadosas seguían pendientes de sus palabras. Y cuando vio, al cabo de dos años, que podía pasar al estudio de Artes, se fue hacia Alcalá.

Y es en la vieja Complutum donde descubre que no puede ir solo por la vida. Se confirmó en lo que ya había vivido en Barcelona donde se unió a Calixto de Sa, Lope de Cáceres y Juan de Arteaga, en testimonio de quien fue su Secretario en los últimos años de Roma, el P. Polanco. ¿Era intuición de lo que iba a suceder más tarde?

De hecho todos iban vestidos igual, cosa que no gustó a quienes lo observaban, con miedo a que surgiera una secta más de «iluminados», porque, según cuenta él mismo en la *Autobiografía*, que citamos continuamente,

... *había grande rumor por toda aquella tierra de las cosas que se hacían en Alcalá, y quién decía de una manera y quién de otra. Y llegó la cosa hasta Toledo a los inquisidores; los cuales venidos a Alcalá, fue avisado el peregrino por el huésped dellos, diciendo que les llamaban los ensalayados y creo que alumbrados, y que habían de hacer carnicería dellos* (o.c., n. 58).

Estábamos en pleno 1526, y el año anterior se habían condenado por parte de la Inquisición de Toledo 48 proposiciones de los alumbrados.

Pero Ignacio no tenía nada de ello. El Inquisidor de Toledo les llamó, ... y les dijo cómo se había hecho pesquisa, y proceso de su vida por los inqui-

sidores y que no se hallaba ningún error en su doctrina ni en su vida, y que por tanto podían hacer lo mismo que hacían sin ningún impedimento. Mas no siendo ellos religiosos, no parecía bien andar todos de un hábito; que sería bien, y se lo mandaba, que los dos, mostrando el peregrino y Arteaga, tiñesen sus ropas de negro, y los otros dos Calixto y Cáceres, las tiñesen de leonado; y Juanico, que era mancebo francés, podría quedar así. (o.c., n. 58). Ya no es un Iñigo solo, sino son Iñigo y sus compañeros los que aparecen.

HEMOS PASADO DEL SINGULAR AL PLURAL

¿Cuál es el secreto impulso que le

lleva a juntar compañeros desde que empieza a «normalizar» su vida según los estamentos eclesiásticos del momento? Ahondando en su pasado, y viendo lo que iba a ser su futuro, se comprende el giro psicológico de Ignacio. Analizando sus momentos de reflexión solitaria, el mundo de sus escrúpulos iniciales y la visión de la empresa que se le venía encima, se comprende que se diera cuenta de que solo no podía hacer gran cosa. Por ello, a quienes comunicaba sus experiencias de Dios, les daba la posibilidad de seguir camino con él.

Fue una experiencia dura, porque muchos le abandonaron. Especialmente los primeros. La estancia en la cárcel de Salamanca, y los grilletes con que



los sujetaron a un poste, quizá les desaconsejaron seguir en su compañía. De hecho, al acabar la pesadilla de Salamanca, que sucedió a la de Alcalá, se determinó de ir a París a estudiar (o.c., n. 71).

Fueron momentos difíciles, porque vio claramente que debía empezar de nuevo. No le habían servido demasiado las horas de estudio de las Universidades españolas. *Y así se partió para París, solo y a pie.* (o.c., n. 73).

La lejanía enfrió en los primeros compañeros que quedaron en España los lazos que les unían a Ignacio. Se fueron colocando en prebendas o en otros menesteres, y quedó de nuevo Iñigo con su bagaje de experiencias y su necesidad, casi iba a decir urgencia, de darlas a conocer, en su deseo de llevar a las almas a Dios.

En este tiempo conversaba con Mtro. Pedro Fabro y con Mtro. Francisco Javier, los cuales después ganó para el servicio de Dios por medio de los Ejercicios. (o.c., n. 83).

Y siguió adelante en su búsqueda. Desde este momento, en la *Autobiografía* ya no aparecerá solo, sino que siempre los sucesos de su vida (enfermedades, viajes, proyectos) estarán unidos a la palabra *sus compañeros*.

AMIGOS EN EL SEÑOR

Era una transformación radical de aquel hombre que, de pronto, después del largo período de purificación en solitario, pasó a vivir con sus compañeros, «amigos en el Señor».

Nuestro Padre al principio de la conversión había recibido de Dios una magnífica voluntad, pero no tanta luz de las cosas espirituales. Y me dijo que tuvo tentaciones y que se daba mucho a la contemplación, y que tuvo tentación de hacerse religioso de la Cartuja; pero conociendo que era llamado a la ayuda de las ánimas, comenzó a congrega compañeros, ahora en España, ahora en Italia, ahora en París y de aquello por disposición suya, quiso conservar solamente a nosotros diez (Fontes Narrativi, 135-138).

Este fue el fundamento de su voluntad de expansión de su idea inicial para así formar un núcleo de asombrosa

unidad, hasta el punto de que podía exclamationar el antes citado P. Polanco:

El que los quería para fundamento de una obra grande suya los conservaba. Y es de maravillar y tener por maravilla grande que ni el Padre Iñigo, ni los dichos compañeros, con estar tan determinados de emplearse cuanto más fuere posible en servicio de Dios, no se aplicaron a ninguna religión; y con no tener cierto ningún instituto que hubiesen de seguir, ni prevenir nada de hacer lo que ha sucedido de la Compañía, se entretenían en uno (o.c., n. 56).

Esto explica que Iñigo, ya convertido en Ignacio, al tener que permanecer en España para reponer la salud el año 1535, no regresara a Venecia en 1537 sin haber pasado antes por Javier, por Almazán, por Valencia, para visitar a los parientes de sus compañeros y darles noticias de ellos. Eran, ciertamente, como él escribe en julio de 1537, a Juan de Verdolay, *nueve amigos míos en el Señor*.

CONCIENCIA DE GRUPO

No fue un sentido «utilitario» sino la conciencia de que solamente unido a otros compañeros, con los mismos ideales y la misma voluntad de seguir al «Dios Eterno y Señor Universal», podía alcanzar a cumplir los designios de Dios.

Un comentarista de Ignacio, Maurice Giuliani, escribe:

Esta comunidad de los compañeros estaba fundada sobre la convergencia

y unidad de los deseos, sobre la confirmación de cada uno en su vocación, por la fidelidad de todos a una misma experiencia de la gracia; en tal comunidad todo está perpetuamente haciéndose, en fermentación interior bajo el aliento de Dios vivo.

Por ello escribirá con frecuencia en las Constituciones la necesidad del «vínculo de la caridad»:

Lo que ayuda para la unión de los miembros desta Compañía entre sí y con su cabeza, mucho también ayudará para conservar el buen ser della, como es especialmente el vínculo de las voluntades, que es la caridad y amor de unos con otros... (Const. 821).

Y hablará largamente en varias ocasiones de la necesidad de «comunicarse» por carta o con otras industrias, para que así se pueda realizar el hecho psicológico de «conocerse es amarse», y amarse es tener necesidad constante de conocerse.

Para ello exhortará, además, a intentar la identificación de pensamiento, evitando la diversidad de pareceres, *para que con el vínculo de la fraterna caridad, unidos entre sí, mejor puedan y más eficazmente en el servicio de Dios y ayuda de los prójimos* (Const. 275).

Y este es el secreto de la existencia de la Compañía de Jesús, no bajo el signo de lo castrense, sino en el empeño de unos amigos, compañeros, en hacer verdad el pensamiento de Ignacio para que *enteramente reconociendo, pueda(n) en todo amar y servir a su divina majestad* (Ejercicios Esp., n. 233).

PARA SABER MAS...

Bibliografía sobre Ignacio de Loyola

- BANGERT, W. *Historia de la Compañía de Jesús*. Sal Terrae 1981.
DALMASES, C. *El Padre Maestro Ignacio*. BAC 1980.
DHOTEL, J. *¿Quién eres tú, Ignacio de Loyola?* Sal Terrae 1989.
GARCIA VILLOSLADA, R. *San Ignacio de Loyola*, BAC 1986.
MARTIALAY, R. *Iñigo de Loyola*. Mensajero 1990.
MARTIN VIGIL, J. L. *Yo, Iñigo de Loyola*. Planeta 1990.
PEREZ GOMEZ, A. *La vida de Ignacio de Loyola en cómic*. Mensajero 1990.
PLAZAOLA, J. *Rutas ignacianas*. Loyola 1991.
RAHNER, K. *Palabras de Ignacio de Loyola a un jesuita de hoy*. Sal Terrae 1990.
RAMBLA, J. *El peregrino*. Autobiografía de San Ignacio. Mensajero 1990.
TELLECHEA, J. I. *Ignacio de Loyola, solo y a pie*. Sígueme 1990.